

card en Varsovia, Schmidt dentro de unos días en Moscú, tratan de negociar con la Unión Soviética, y corren a Washington para negociar, también, con el centro de su propia esfera política y militar. En el fondo, tienen poco que ofrecer. El continente se va degradando, se va desmigajando. Puede aparecer, de pronto, un acontecimiento tan inquietante, tan asustante, como el del principio del fin del "modelo sueco"; puede continuar en el otro extremo del mapa la lenta depauperación de Italia y las inestabilidades, los malos modos, las desgracias económicas incesantes de España y de Portugal. Puede aparecer en cualquier instante una inmensa huelga en Gran Bretaña.

Parece como si Europa, esta vez, no fuese capaz de segregarse su propia filosofía, su religión oportuna —su calvinismo, su anglicanismo— para sustentar su personalidad, su doctrina económica. Todo ello ha ido siempre añadido a una fuerza militar: el país que ha sabido dotarse de una nueva forma de fuerza militar ha segregado la justificación ideológica para utilizarla. Todo esto ha huido de Europa.

Parece un momento decisivo. No parece que en estos momentos en que su vieja historia puede disolverse, en que Europa puede dejar de ser "el Mundo", si no ha dejado de serlo ya definitivamente, no aparecen las doctrinas, los hombres, las fuerzas que puedan sacarle de su dificultad. Con la agravante de que tampoco encuentra razones suficientes para sumarse a las cabezas imperiales que han surgido de sus propios grandes momentos —marxismo o capitalismo— porque no encuentran en esas sociedades el suficiente atractivo como para dejarles limpia y sencillamente la hegemonía, y porque si hay una decadencia europea, esa decadencia está evidentemente presente en las cabezas de serie. No puede negarse la decadencia a una sociedad que se deja representar por Carter, con la alternativa posible de Reagan, o incluso con la de Kennedy; ni a otra que se presenta bajo la figura de Brejnev.

Quizá estemos en el principio de una época en que "el Mundo" no sea ya Europa; pero no solamente este breve cabo al que nos aferramos todavía, sino lo que de Europa representan la URSS y Estados Unidos. Un principio cuyo final, probablemente, no veremos ninguno de los seres que ahora viven en la Tierra. ■

Le Monde

LA ALTERNATIVA MORAL

RAMON CHAO

PARIS.—Durante días no se habló en Francia más que de la visita del Obispo de Roma y de la elección del futuro director de "Le Monde", y muy resonante tenía que ser un tema para atravesar el unísono orquestal que emitían los medios de información sobre la campaña papal. Y lo era, en efecto, el que el director de un diario fuera elegido por el conjunto de los redactores del periódico. Si a ello añadimos que se trata de uno de los más importantes del mundo, la noticia, y la experiencia, cobran valor ejemplar, importancia capital.

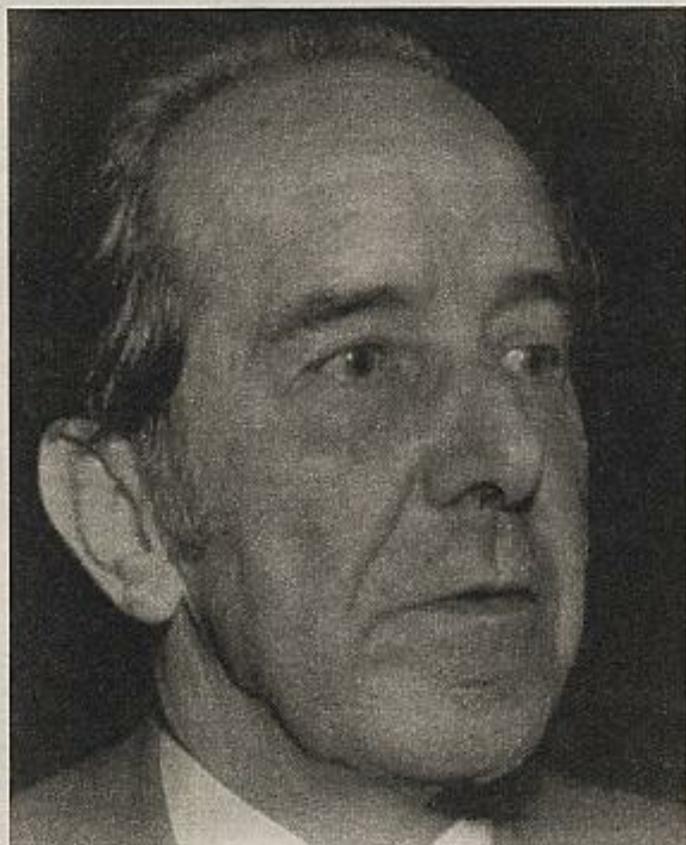
Al ser liberada Francia del ocupante nazi, el pueblo consiguió algunas nacionalizaciones, como la de Renault. Ciertas ventajas sociales, como la seguridad social, que ahora empiezan a regatearle. A las mujeres les otorgaron el derecho de votar, resultando que no perturbaba en nada al poder masculino, como el voto a los dieciocho años, mucho más tarde, no iba a molestar al burgés, y Francia, en fin, se dotó de dos instituciones: La IV República y el diario "Le Monde". Aquella desapareció, y "Le Monde" es lo que mejor navega de todo.

Al principio fue un hombre providencial, Hubert Beuve-Mery, elegido por Dios para esa misión. O casi: el general De Gaulle le encargó resucitar el periódico "Le Temps", famoso antes de la guerra. Beuve-Mery no quiso ponerse al servicio de la gran industria ("Le Temps" era el órgano del Comité des Forges). "Moralmente estaba obligado a hacer todo lo contrario de lo que me pedía el General" —diría más tarde—, y fundó "Le Monde". Los inicios fueron difíciles. "Le Monde" se vio acosado por todas partes; primero, por los comunistas, y luego, por la derecha, que le tachaba de neutralista cuando más arrebataba la guerra fría. Beuve-Mery logró sobrevivir, y con él el periódico, gracias a la creación de la sociedad de redactores, primera en su género.

La independencia del periódico, su altura intelectual y moral, se afirma. Beuve-Mery, con el pseudónimo de Sirius, habla de tú a tú con los presidentes de la República, y fueron famosos sus comentarios críticos a las decisiones del general de Gaulle. "Le Monde" se impone y es intocable. Por eso arrecian los ataques contra él. En 1956, Antoine Pinay lanza un rival a "Le Monde", con todos los medios financieros de que disponía, siendo ministro de lo mismo, titulado: "Le Temps de Paris", que duró dos meses y perdió millones en la vana empresa. En 1977, otro ex ministro, del Trabajo éste, M. Fontanet, volvió a las andadas, con la misma pretensión de desbancar a "Le Monde": "L'Informé" duró un poco más que el

diario de Pinay, pero no llegó al año.

Dijo Tocqueville que "Si se quiere conocer la verdadera potencia de un periódico, no hay que prestar atención a lo que dice, sino a la forma como se escucha", y así "Le Monde", ejemplarizando esta frase, convirtió su uso en necesidad; más que un órgano de información lo es de encantamiento y corresponde, en nuestra sociedad tecnológica, a lo que era el brujo en las primitivas. Su lectura es un opio para la clase intelectual, un espejo en el que nos vemos cultos, inteligentes y un tanto a la vuelta de todo, que si los periódicos proporcionan sueños a sus lectores, el que crea "Le Monde" es de los más aristocráticos. Desde sus alturas intelectuales y morales como un



Claude Julien, que dirigirá "Le Monde" a partir de 1983.



Hubert Beuve-Mery (Izquierda), fundador de "Le Monde", y Jacques Fauvet (derecha), actual director.

faro que ilumina las costas deja en la oscuridad las zonas inferiores, "Le Monde" aborda la trascendencia de los problemas, desdénando lo que es "vulgar", "trivial" u "ordinario". También le repugna la dimensión turbia, irracional o indecente de los chanchullos politiqueros, y aborda la política desde una altura teilhardiana, con la intención de elevar el nivel moral de la clase política francesa. Por eso se mostró alérgico a ciertos fenómenos que chocan con esta concepción de la moral pública, como la segunda aparición del general De Gaulle, el sucio mundo de los negocios en que se enfangó su partido, UDR. La impúdica ascensión del aspirante a Kennedy ("El Kenedillón", como le llamaba François Mauriac), J. J. Servan-Schreiber, y últimamente, los asesinatos de ex ministros, los suicidios de ministros sin ex, el apoyo a las dictaduras sangrientas y la aceptación, por parte de un Presidente de la República que impone esa política, de obsequios diamantinos comprometedores.

También por ello abandonó su actitud analítica glacial y a veces casuística para mostrar un ápice de estusiasmo por experiencias en las que el lirismo, la dignidad y la austeridad barrían el relajado y la corrupción anteriores, como hacia el fidelismo triunfante, la revolución portuguesa de los claveles y los primeros meses de la actuación de los khmers rojos en Camboya.

Desde sus casi cuarenta años de existencia, las estructuras de "Le Monde", de por sí bastante complejas, han ido evolucionando. Siempre en el sentido de una mayor independencia de la Redacción hacia los poderes públicos. Esto le da una fuerza moral inigualable en Francia, y la red de corresponsales competentes que mantiene en todo el mundo hace que sus informaciones sean aceptadas, temidas y respetadas en los Ministerios de Relaciones Exteriores de todos los países.

Según una encuesta sobre los lectores de "Le Monde", son éstos, en un 20 por 100, miembros de profesiones liberales. El 17,5 por 100, altos funcionarios. El 11,5 por 100, rentistas y jubilados, y el 6,5 por 100, obreros. Es decir, la burguesía ilustrada francesa, que, como el periódico, rechaza el comunismo, pero teme que finalmente, de una forma u otra, Marx tenga razón, y aceptan el fatalismo de la rueda de la Historia tratando de salvar, al menos, los "valores universales".

El capital actual de la Sociedad Anónima de Responsabilidad Limitada (SARL) de "Le Monde" se eleva a 500.000 francos. Este capital está repartido entre tres categorías de socios: A) Formada por personas físicas que poseen en total el 40 por 100 de la Sociedad, no pudiendo una persona poseer más del 10 por ciento. El fundador del periódico, Hubert Beuve-Mery, cuenta con un 10 por 100, y entre otras personalidades se halla gente tan distinta como el filósofo Paul Ricoeur, el decano de la Universidad, Georges Vedel, el sindicalista de la CFDT, Eugène Deschamps, o el comisario europeo Claude Cheysson.

Las partes B se encuentran en manos de las tres sociedades formadas por el personal del periódico: la sociedad de redactores (40 por 100), la sociedad de cuadros (5 por 100) y la sociedad de empleados (4 por 100). Se trata, en los tres casos, de sociedades civiles que distribuyen a sus miembros acciones, según su antigüedad en la empresa.

Las partes C pertenecen a los gerentes en función del periódico; actualmente está repartidas entre Jacques Fauvet, actual director, y Jacques Sauvageot, administrador-gerente.

De modo que la sociedad de redactores, creada en 1951, es el verdadero eje del periódico. Dispone, con su 40 por 100 de acciones, de una minoría de bloqueo en todas circunstancias y le permite, en particular, nombrar a su propio director.

Claude Julien: competencia e intransigencia moral

Un físico de galán maduro, elegante, mirada penetrante y modales distinguidos. Perenne esbozo de sonrisa a menudo irónica y hablar pausado y reflexivo: en él es evidente lo que dicen los lingüistas, de que pensamos con las palabras. Y las ideas salen claras, ordenadas. Los juicios, incisivos y seguros, tras breves segundos de cavilación.

Así, más o menos, es Claude Julien, elegido la semana pasada, de la forma más democrática, futuro director de "Le Monde". Hace meses, cuando empezaron los primeros votos indicativos, Claude Julien no era candidato. Se mantenía al margen, entregado a la dirección de "Le Monde Diplomatique", suplemento mensual de "Le Monde". Su nombre apareció en numerosas papeletas, lo que le indujo a presentarse, oficialmente, en las elecciones formales.

Su presencia en las listas animó considerablemente la campaña electoral, hasta entonces bastante anodina, y es que su fuerte personalidad hizo que todo el mundo se definiera. Los candidatos se dividieron en dos bandos, cuando no se retiraron.

Para simplificar, las derechas del periódico, alentadas por las de fuera y, sobre todo, las de arriba, se unieron para cerrar el paso al que consideraban como izquierdista. Le reprochaban su autoritarismo y la línea tercermundista y marxista que llevaba "Le Monde Diplomatique". Con él de director, decían, "Le Monde" estará más a la izquierda que "Liberation". El frente de derechas estaba representado por los candidatos André Fontaine y Jacques Amalric. Desde el principio, Claude Julien figuró en primer lugar de las votaciones, sin obtener más del 60 por 100 de votos que exigen los Estatutos para ser elegido. Fueron necesarias cuatro vueltas, y en todas fue creciendo su porcentaje, hasta la última, celebrada el 1 de es-

te mes, en que se quedó solo ante Alain Jacob, tras la retirada de los otros.

Según sus partidarios y detractores, el éxito de Julien se debe a que ha sabido encarnar una dimensión esencial de "Le Monde" desde su creación: el punto de vista moralista. Este hombre de principios, que durante un reportaje en Vietnam se negó a hacer una entrevista a prisioneros políticos, como le ofrecían las autoridades, "porque el sólo hablaba con hombres libres", se distinguió de los otros candidatos por su alejamiento de toda demagogia, por su conocimiento total de los problemas de gestión y por su inquebrantable voluntad de mantenerse independiente ante el poder.

Claude Julien empezará a desempeñar su cargo de director en 1983, fecha en que Jacques Fauvet, el actual, abandonará definitivamente su puesto. Entró en "Le Monde" en 1951, y en 1969 era director del servicio extranjero. En 1973 es nombrado director de "Le Monde Diplomatique", que transforma en tribunal del Tercer Mundo, donde denuncia los efectos perniciosos de la influencia americana. Y la potencia e intervenciones de las sociedades multinacionales, dando la palabra a los periodistas y hombres políticos de los países pobres. (1).

Dentro de esta línea, Claude Julien ha publicado "El imperio americano", uno de los estudios más exhaustivos del mecanicismo del imperialismo, y "La revolución cubana", indispensable también para el conocimiento del proceso cubano.

Los que votaron por él, y muchos en Francia, creen que en Claude Julien está el hombre que puede ejercer la misma autoridad moral del fundador Beuve-Mery. En su último libro, "El deber del respeto", encuentran argumentos para solidificar su convicción, tanta es su intransigencia y su competencia, y así también en la definición del periodismo, que hizo ante la asamblea que lo eligió: "Las verdades del poder, poder del Estado, poder de los partidos de oposición, poder del dinero, poder de los que orientan y deciden, no pueden ser las verdades del periodista (...). El que quiera pensar y escribir no tiene más solución que revelar lo que todo poder se esfuerza en ocultar". ■

(1) Entrevista con Claude Julien. TRIUNFO, número 870. Ramón Chao.